

Workshop «La aportación de los corresponsales extranjeros al conocimiento histórico de la Transición Española», Barcelona, 26 de enero de 2017

Los corresponsales extranjeros y el relato de la Transición

Hoy se habla mucho del “relato” de la transición, en particular de un supuesto relato “oficial”, el de una transición modélica, consensuada y pacífica. Como muestra muy bien este libro¹, no hubo ni mucho menos una versión única de lo acontecido, ni en la prensa nacional ni en la internacional, y en ese sentido el “relato crítico” fue generalizado tanto dentro como fuera de España, como puede comprobar fácilmente cualquiera que repase la hemeroteca de aquellos años revueltos. No es verdad que la Transición se hiciera sin debate intelectual, «reducido a una exaltación de los valores democráticos y una crítica genérica y puramente ideológica de la dictadura», como ha escrito (en 2009) Josep Ramoneda, ni que «prensa y poder marcharon juntos durante la transición, sustentándose uno a otro», casi como habían hecho durante la dictadura, según Gregorio Morán².

O al menos, como suele ocurrir, no es toda la verdad. Los intelectuales españoles participaron con intensidad en los debates políticos planteados, desde los avances y obstáculos a la democratización a la denuncia de los excesos policiales, pasando por la memoria de la dictadura, aunque es cierto que se levantaron tabúes cuando se trataba de la monarquía y el ejército³. También los periodistas, que han sido los intelectuales con más poder desde entonces, proyectaron sus propios ideales en sus crónicas, al menos en la misma medida que lo hacen en la actualidad. Y esto vale más aún para los periodistas, historiadores o politólogos extranjeros que comentaron los acontecimientos españoles para diarios y revistas de todo el mundo⁴.

¹ Jaume GUILLAMET (ed.), *Las sombras de la Transición. El relato crítico de los corresponsales extranjeros, 1975-1978*, Valencia, PUV, 2016.

² Josep RAMONEDA, «Notes sobre intel.lectuals i política a la transició i la democràcia», en *La configuració de la democràcia a Espanya*, Vic, Eumo, 2009, p. 187; Gregorio MORÁN, *El precio de la transición*, Barcelona, Planeta, 1991, p. 26.

³ Como los documentados por Ricardo ZUGASTI, *La forja de una complicidad. Monarquía y prensa en la Transición española (1975-1978)*, Madrid, Editorial Fragua, 2007.

⁴ Para una comparación entre Italia y España sobre la posición ideológica de periodistas, periódicos y lectores, ver Daniel C. HALLIN y Paolo MANCINI, *Modelli di giornalismo. Mass media e politica nelle democrazie occidentali*, Bari, Laterza, 2004.

Eso no quiere decir que no haya existido un “metarrelato” en el sentido lyotardiano del término, es decir, una narrativa que legitima y fundamenta las instituciones y las prácticas públicas, sociales y políticas. Una narrativa que silencia o margina otras que contradicen su mensaje central –por ejemplo, la que interpreta la Transición como una larga fase de conflicto con muy elevados niveles de violencia⁵– y que lógicamente utiliza en su beneficio todos los mecanismos comunicativos a su disposición, desde las exposiciones o los manuales escolares a la televisión. Sin embargo, ese relato no fue solo un “constructo” cocinado en las bodeguillas del poder, sino que, y esto es lo que quiero subrayar aquí, tuvo fuentes muy distintas, como la sociología o la ciencia política, con interpretaciones curiosamente tautológicas o teleológicas.

Por ejemplo, la tesis de la “emergencia de la sociedad civil” de Víctor Pérez Díaz, para quien los políticos aprendieron de una sociedad que ya había llevado a cabo su transición y europeización, y la sociedad española se votó «a sí misma» en junio de 1977. O los politólogos que colaboraron en el mayor esfuerzo para interpretar la Transición realizado desde la órbita intelectual socialista –entre ellos el hoy muy crítico Ramón Cotarelo– cuando destacaban la madurez del electorado español porque no había dado la mayoría a ningún partido aquellas elecciones. Sin olvidar, por supuesto, los análisis sociológicos que hacían de la Transición española un modelo de referencia planetaria, desde Juan José Linz, Guillermo O’Donnell y Philippe Schmitter a Josep María Colomer⁶. Aunque este último ya advertía de que tales virtudes de la Transición, como el pragmatismo, la reconciliación y el consenso, en nombre de las cuales se habían sepultado los valores del antifranquismo, se podían convertir en los vicios de la democracia.

Los corresponsales y los hispanistas, de oficio o improvisados por las circunstancias, fueron otra fuente decisiva en la elaboración de aquel relato (como, por cierto, lo son hoy de su relato contrario, el de la revisión e impugnación del “mito” y las “mentiras” de la

⁵ Ver Mariano SÁNCHEZ SOLER, *La transición sangrienta. Una historia violenta del proceso democrático en España (1975-1983)*, Barcelona, Península, 2010; o Sophie BABY, Olivier COMPAGNON y Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA (eds.), *Violencia y transiciones políticas a finales del siglo XX: Europa del Sur-América Latina*, Madrid, Casa de Velázquez, 2009.

⁶ Víctor PÉREZ DÍAZ, *La primacía de la sociedad civil*, Madrid, Alianza, 1993; José Félix TEZANOS, Ramón COTARELO y Andrés DE BLAS, *La transición democrática española*, Madrid, Sistema, 1989; Guillermo O’DONNELL, Philippe SCHMITTER y Laurence WHITEHEAD, *Transitions from Authoritarian Rule: Comparative Perspectives*, Londres, Johns Hopkins University Press, 1986; Juan José LINZ y Alfred C. STEPAN, *Problems of democratic transition and consolidation: Southern Europe, Southern America and post-Communist Europe*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1996; Josep Maria COLOMER, *La transición a la democracia: el modelo español*, Barcelona, Anagrama, 1998.

Transición⁷). En sus crónicas influyeron tanto sus esquemas culturales como sus posicionamientos ideológicos, estos mayoritariamente favorables a los valores democráticos, aunque con las lógicas diferencias derivadas de sus respectivas tendencias políticas y las de los diarios para los que trabajaban, más o menos conservadores o progresistas.

Entre esos esquemas culturales hubo uno que sobresalió, ya con la naturaleza de un mito, sobre todos los demás: la guerra civil de 1936-1939. El recuerdo de la guerra impregnó las visiones de la Transición de los corresponsales que habían parado el reloj de la historia de España en 1939 y regresaban ahora a una nación que parecía despertar de un largo sueño, como fue el caso de muchos norteamericanos, pero también impregnó las de quienes habían seguido de cerca las luchas contra la dictadura durante las tres décadas anteriores, como ocurrió, en general, con los franceses, italianos y alemanes. Para todos ellos la narrativa de la Transición se leía bien como una reconciliación entre vencedores y vencidos, bien como el fruto del miedo a que el enfrentamiento fratricida estallara de nuevo, y en general como ambas cosas al mismo tiempo, con mayor o menor énfasis en una u otra dependiendo del momento.

Pero los relatos, en plural, de los corresponsales no fueron críticos con la Transición, al revés, fueron casi siempre muy positivos. Lo que describían, y denunciaban a la vez, eran los obstáculos que la democratización encontraba a su paso, sobre todo las ambigüedades del gobierno en materias como la legalización del PCE o el reconocimiento de los sentimientos nacionalistas en Cataluña y el País Vasco, las inercias autoritarias en la represión policial de la protesta o la amenaza de un golpe militar. Por un lado señalaban las insuficiencias del proceso y por otro elogiaban sus avances, con términos encomiásticos cuando se referían a sus protagonistas, o al menos a los que señalaron como tales: el rey, “piloto del cambio” que había renunciado a sus prerrogativas heredadas de Franco para dar paso a una monarquía parlamentaria equiparable a otras de la Europa occidental; el presidente Suárez, quien manejó con pragmatismo y habilidad las difíciles situaciones que se le presentaron y logró construir un espacio de centro; y los líderes de la oposición, en especial Felipe González y Santiago Carrillo, con su moderación. Los

⁷ Por ejemplo, Bénédicte ANDRÉ-BAZZANA, *Mitos y mentiras de la Transición*, Barcelona, El Viejo Topo, 2006.

movimientos sociales no estaban ausentes, y aparecían en unos relatos a menudo con empeño sociológico y pretensiones literarias, pero no eran los protagonistas.

Sus relatos influyeron a su vez en la imagen que los españoles, y sobre todos sus élites políticas y culturales⁸, como en un juego de espejos que se reflejan entre sí. Durante la dictadura el Ministerio de Información y Turismo, y en general todos los ministerios, habían llevado a cabo un estrecho seguimiento de las noticias sobre España en los medios de comunicación extranjeros (con José Antonio Novais como “bestia negra”), porque bajo la retórica autosuficiente y autosatisfecha del franquismo latía siempre la desconfianza derivada de su déficit de legitimidad. Esta preocupación, paralela a vocación demoscópica del régimen en una estructura de “investigación administrada” de la opinión pública⁹, fue heredada por los gobiernos formados tras la muerte del dictador (e incluso por los socialistas, como pudo verse con ocasión del referéndum de la OTAN¹⁰). A ella se sumó, además, la nueva costumbre del rey Juan Carlos I e incluso del presidente Suárez (mucho menos formado para estas lides) de viajar por el mundo y de realizar importantes anuncios políticos a través de entrevistas en la prensa extranjera, de la que hicieron uso en situaciones especialmente delicadas con la finalidad de enviar mensajes con menor coste político y de paso legitimarlos con su previa aceptación internacional.

Así los corresponsales fueron incorporándose a un relato de la Transición hegemónico entre los partidos políticos del pacto constitucional y en los principales medios de comunicación con la imagen del éxito internacional de España, cuya historia al menos por esta vez parecía no acabar mal. Un relato verídico, pero que oscurecía las sombras y realizaba los claros, como no podía ser de otra manera si quería convertirse en un relato fundacional (como treinta años antes pudo ser el antifascismo). Periodistas como Baltasar Porcel criticaron ese interés por contentar fuera mientras se era injusto dentro, en lo que no dejaba de ser una manipulación de la realidad¹¹.

⁸ Sobre los muy bajos niveles de información de los españoles, en esos años y todavía hoy, ver Bernardo DÍAZ NOSTY, *El déficit mediático. Donde España no converge con Europa*, Barcelona, Bosch, 2005.

⁹ José REIG CRUAÑES, *Identificación y alienación: La cultura política y el tardofranquismo*, Universitat de València, 2007, pp. 61 y ss.

¹⁰ Javier MUÑOZ SORO, “El final de la utopía. Los intelectuales y el referéndum de la OTAN en 1986”, *Ayer*, 103 (2016), pp. 19-49.

¹¹ Baltasar PORCEL, “Realidad y manipulación. Imagen exterior y 1º de mayo”, *La Vanguardia*, 4 mayo 1977, p. 7.

Pero pronto llegaría el desencanto y en 1978 los corresponsales extranjeros reseñaban ya con sorpresa el silencio, la falta de épica y triunfalismo en los primeros aniversarios de la democracia¹². Muchos problemas seguían sin resolver, la clase política se alejaba de sus electores, como ponía en evidencia el naciente “partido de la abstención” y una oleada de pesimismo se extendía entre la población, marcando una «notable diferencia entre los análisis de los observadores extranjeros sobre este país y los que hacen los propios españoles»¹³. En 1979 Luis García San Miguel lo describía en estos términos: «La cosa es curiosa: hemos hecho un cambio desde la legalidad, asombro de propios y extraños, hemos evitado los enfrentamientos violentos (con la excepción importante, pero muy peculiar, del terrorismo), nuestros políticos son pragmáticos, hábiles y puede que bastante honestos. Y, sin embargo, un difuso sentimiento de descontento se extiende por amplios sectores de la población»¹⁴. El golpe de Estado del 23-F de 1981, definitivo espaldarazo a la legitimación democrática de la monarquía, y la victoria socialista en 1982 harían converger nuevamente las imágenes propias y ajenas en un nuevo capítulo de ese relato, con la entrada de la modernidad, el europeísmo, la OTAN y el *Cobi* de Mariscal como nuevos personajes protagonistas.

¹² Jaume GUILLAMET (ed.), *Las sombras de la Transición*, cit., pp. 236-237 y 246-247.

¹³ José A. GABRIEL Y GALÁN, “La manipulación del pesimismo”, *El País*, 8 de diciembre de 1979.

¹⁴ Luis GARCÍA SAN MIGUEL, “Sobre el desencanto de la democracia”, *El País*, 2 de marzo de 1979.